ZYLEGO

Maximiliano Retamozo Segovia

Lo que menos interesaba a Aris en ese momento era escuchar una historia, pero Emilia insistió. Solo porque no quería que se notaran demasiado sus intenciones de acceso carnal hacia ella. Acaso cuando concluyera aquel relato interminable y fantástico ella volvería a enfocarse en lo importante, en la razón por la que el la había citado aquella noche en el embarcadero. La idea era que la pasaran juntos, acurrucados en el camarote del bajel "Zylego", propiedad de un tío suyo, que estaría el fin de semana en otro poblado, a su vez, con otra mujer. Y allí estaban sobre el húmedo entablado, de pie, en aquella noche de otoño. El viento se estaba colando por detrás, entre el cuello y la chaqueta.

- Hubieras visto las caras! Uno bien rechoncho y el otro, flaco y pálido como la luna. Se diría que el grandote le quitaba la comida al otro. Aunque por lo que vi, casi no las tocaban, las chuletas que pidieron.
- Estarían como piedras, por eso – dijo Aris por comentar algo. Emilia no respondió al punto, concentrada como estaba en recordar cada detalle. - Estaban apurados. Yo creo que han ido a verle otra vez.

La tercera persona a la que se referían era el objeto de la actual preocupación de Emilia.

- Pobrecillo... - susurró inconscientemente.

Aris ya odiaba a aquel desconocido, a los dos sujetos, y en parte a Emilia por involucrarse emocionalmente en un asunto ajeno. Ella había oído la conversación de los dos empleados de la compañía de demoliciones "GHM", que habían cenado o al menos lo habían intentado, en el fast food en el que trabajaba Emilia. Y, por eso debía ella estar tan interesada? Espiaba también a todos los demás clientes? Y luego intentaba resolver sus problemas, aun sin que ellos se lo pidieran? Que era, una mesera o una beata?

- Imaginate, encontrar a una persona que ha estado encerrada durante meses, años, comiendo lo que fuera o no comiendo, que apenas si recuerda la luz del día... y que tenga miedo de salir de allí, nuevamente, a la libertad?
- Eh, supongo que el encierro genera eso, no? Se acostumbran...
- Tu lo harías, Aris? - le espeto ella, enojada, sacudiéndose el cabello rizado y de color castaño claro, cuya parte frontal casi le cubría las cejas. - Podrías estar satisfecho en este barco, alejado del mundo, de tu familia, de mi, y luego decir "no quiero volver a donde estaba antes, déjenme aquí?".
- Bueno – reflexiono Aris – al menos aquí habría peces que atrapar... no me moriría de hambre.
- Pero no es eso! Es la soledad! Ah, yo no podría. Creo... si, algo me pareció oír... como si el estuviera amenazado. Alguien lo estaba amenazando.

Aris estaba pensando en que su tío debía haber dejado algo de comer, tal vez, pero seguro de beber si había a bordo. Nunca le faltaba una botella de aguardiente. Tenia hambre... y comenzó a imaginarse lo que aquel ermitaño debía haber sentido en donde se encontraba, en la antigua planta generadora de electricidad, alimentada con carbón que hacia años no llegaba. El complejo industrial había sido vendido a un consorcio de bienes raíces, y la compañía a la que el gordo y el flaco pertenecían era la encargada de hacer "tabla rasa" y preparar el suelo para la nueva construcción.

Por lo que se decía, esta seria un barrio residencial. Pero también podría ser un centro de desarrollo, de una empresa tecnológica extranjera. De esto se había hablado en los periódicos nacionales, y la gente del lugar estaba entusiasmada con aquella oportunidad que generaría puestos de trabajo.
Aris... no tanto. Su idea siempre había sido mudarse al extranjero. Lo único de lo que conocía era de electricidad automotriz, pero aun en esto aventajaba a sus empleadores en el taller mecánico.
Emilia se frotaba las manos, con aparente desesperación. Y dijo lo que Aris temía:

- Deberíamos ir a verlo
- Ah, no!! Estas oficialmente loca! Vamos a meternos a ese agujero a ver a un tipo al que no conocemos y decirle, que? "Venga con nosotros; lo ayudaremos"? Piensas que nos va a hacer algún caso, si no se lo hizo a los otros dos mequetrefes, cuyo trabajo es ese, obligarlo a salir de ahí?
- Pero es que tiene miedo, Aris! Entiende eso! Y los tipos eran feos, vamos. A nosotros nos tendrá mas confianza.
- Vaya contigo! Este si es un piropo! "Eres tan bonito que puedes enamorar a un vagabundo"!
- No es eso lo que estoy diciendo! - replicó Emilia intentando contener la risa. Ese era un asunto serio, al menos para ella, y lo estaba echando a perder con su propio desvarío.
  También sabia para que la había traído Aris a la orilla del mar, y sobre esto se hallaba en conflicto. Deseaba que sucediera algo entre ellos, aunque, quizás no tan pronto. Se conocían hacia apenas un mes, desde que Aris fue llamado a arreglar el furgón del dueño del local de comidas, y ella le sirvió café y una especie de "taco", una receta que la esposa del patrón había sacado de una revista.
  La intimidad entre ellos podía esperar. Pero aquel infortunado que merced quien sabe a que poder maligno se hallaba atrapado en un edificio de concreto y ladrillo, con espacios abiertos, si, pero alejado de la civilización y mas cercano al bosque del que venían los zorros, las aves y los ratones que, suponía Emilia, serian su alimento.
- Y en caso de que le sacáramos, que podríamos hacer? Lo vamos a llevar a mi casa, o a la tuya?
- Lo veríamos después, Aris! Lo importante es salvarle la vida.
- Eso mismo están intentando hacer los otros tipos que escuchaste, y seguro llamaran a alguien, a la Policía o quien sea que se encargue de estos casos, e irán a buscarlo.

Emilia pareció tranquilizarse.. e incluso comenzaba a caminar hacia el pequeño bajel, ya que le dolían un poco las piernas después de la caminata desde el trabajo hasta el embarcadero, ubicado a unos dos kilómetros. De verdad quería estar con el muchacho al que no sabia bien como llamar, si su amigo o novio, pero esa noche sintió que la razón de su encuentro seria el conseguir apoyo para resolver aquel problema, que había asumido como propio, como si el destino hubiera puesto una responsabilidad moral sobre ella.
Se dio la vuelta cuando estaba por abordar, y Aris sintió el deseo de empujarla hacia el bote.
- Escucha – dijo con voz baja como si le oyeran -. Quienquiera que haya amenazado a ese tipo, sabe que los de la empresa de demolición van a volver... los estarán esperando... y si intentan sacarlo, Bam! Bam!, los matarán a todos.
Aris se estremeció al ver como ella golpeaba por dos veces la palma de su mano izquierda con el puño derecho.

- Pero!! No esperan que vayan OTRAS personas, que podrán sacarlo por OTRO camino. Y lo que es mas... podríamos escabullirnos con él AL MISMO TIEMPO que llegan el gordo y el flaco.

- Ah, Emilia... - sonrió Aris acariciándole la cabeza – eso podría funcionar en una película. Pero la realidad es otra. No hay nada que temer. El tipo ese tan solo esta haciendo el papel de victima porque, o no quiere ir a la cárcel, o quiere conseguir algún beneficio a cambio de acceder a salir de allí.
- Aris... amigo – le dijo ella quitando la mano de él de su cabellera, sabiendo cuanto perdía con aquella acción y con el término que usaba para llamarle, sin que ello le importara mucho en aquel momento . - Ese es tu problema. Y quizás tengas este problema conmigo también. Ves las cosas desde tu perspectiva. No piensas en como se sienten los demás. Solo lo que tú deseas. Pero bueno... gracias a esto, a él, me doy cuenta. Y te digo qué más: ahora prefiero estar con ese vago o como le llames, que al menos no teme que le vean inseguro y vulnerable, que contigo que parece que tienes nervios de acero. Eso no es bueno, amigo, y espero que ahora te hayas dado cuenta.
  Y recogiendo su bolso, el que había dejado ya a bordo del "Zylego", comenzó a caminar, no hacia su casa, ni hacia el trabajo, sino en otra dirección... hacia la antigua planta eléctrica.
- Te mataran! - grito Aris, enfurecido. - A ti y a ese vago! Ya saldrás en las noticias, y lo voy a ver! Y diré, diré... que no te conocía! - dijo con el aliento que le quedaba, y entendiendo enseguida que había dicho una frase totalmente carente de sentido. Se internó en el bajel, buscando algo que beber.

No vio a Emilia, ni ella se dio vuelta a verle, mientras le dirigía el dedo medio levantado, y cruzándose la correa del bolso color fucsia, comenzó a planear el rescate de aquel desconocido.